

4802-2

EY H. La psychiatrie devant le surréalisme. Evolut. Psychiat., 1948, 13: 3-52

*(Por las características del tema se trata de un texto extenso en el que además
Ey agrega fragmentos de trabajos de varios autores)*

Las extravagancias del surrealismo (hiperrealismo) son como un insulto al sentido común y por lo mismo tocando al psiquiatra en el centro de su trabajo profesional lo llevan a defenderse. Pero si toma conciencia de su rol y de su función no aceptando desempeñarse como enderezador de errores entonces, entre los juegos del sueño y de la realidad, se encuentra con el poeta. Frente a frente, opuesto e idéntico a él como su imagen simétrica. Ey se propone considerar el 'drama de ese encuentro' la trampa real y profunda que el surrealismo y la Estética en general abre delante de nosotros. La genialidad, la fantasía, la inspiración constituyendo la trama del arte y burlando la realidad deslumbran nuestros ojos, con tanta luminosidad que hay que hacer un esfuerzo para ver claro.

En ese peligro y placer de lo maravilloso que nos corta la respiración, frente a Pirandello, a Picasso y las obras de los surrealistas. Del surrealismo que se presenta como una forma nueva de arte cuando en realidad acaricia la esencia estética misma: la irrealidad, la contra-realidad o si se prefiere, lo contra-natural. Lo que André Breton ha dicho del amor debe entenderse de la emoción estética, de la belleza convulsiva, de la seducción que ejerce el arte y que en el encanto surrealista es invencible. Solo un prejuicio o el miedo mítico por la mitificación puede apartar del placer al que solo cabe abandonarse.

(I) La estética surrealista. El surrealismo (término que Apollinaire prefiere al de sobrenaturalismo) asimila toda obra de arte a un poema en la medida que la operación práctica consiste en la mezcla de la existencia sometida a las conexiones objetivas de los seres y de la existencia que escapa a esas conexiones ('vasos comunicantes').

En ese sentido todo arte es surrealista... pero el surrealismo se ha dado leyes estéticas propias: la regla de oro es la espontaneidad y no la construcción, la libertad y no la disciplina, no la realidad sino la surrealidad. Un sistema de valores fantásticos en una concepción donde 'lo bello es lo que sorprende'. El surrealismo no fue considerado por sus fundadores como una escuela artística nueva sino como un medio para conocer campos no explorados sistemáticamente: el inconsciente, lo maravilloso, el sueño, la locura... es decir todo el reverso de lo lógico. Y su actitud estética es también la inversión de los valores estéticos. Esa posición subversiva y clásica fue señalada agresivamente por una serie de tabúes negativos: 1) anti-construccionismo (horror por la elaboración lógico-formal), 2) anti-realismo (el movimiento estético es desplazado de la imitación naturalista a lo surreal, al mundo de las imágenes).

Pero, para definir el surrealismo hay que precisar los principios que son propios a las formas surrealistas: (1º) liberación del automatismo inconsciente (una estética de la

libertad de las palabras donde el sueño alterna con los ejercicios mágicos del lenguaje). Proyección de lo imaginario en lo real hasta quebrar su estructura y hacer transparentar bajo los objetos, ahora solo apariencias, los fantasmas como surrealidad. Igual que el sueño no quieren decir nada definido, sino solo resonar. Lo absurdo surrealista es la magia de significados insólitos e inefables. (2º) El humor negro se juega con las imágenes clivando las dos caras de su estructura: la del artificio y la del drama. (3º) Compensación del artificio de la creación surrealista con una sinceridad sistemática: el surrealismo se afirma como revolucionario, subversivo. De ahí su volverse hacia el Oriente como el hogar de la humanidad instintiva. (4º) El Mal y la Muerte flotando en la vida y en las obras de los surrealistas: destinos existenciales dramáticos.

Ey dice que la experiencia de esos hombres plantea al psiquiatra el mismo enigma que siente ante la santidad, el crimen, haciéndole correr el riesgo de implosionar su construcción científica: el problema del valor, del sentido y los límites de la locura.

(II) La producción estética psicopatológica. Considerando la producción estética de los enfermos mentales, Ey refiere diversos trabajos al respecto: (a) Presenta el libro de Hans Prinzhorn (*Bildnerei der Geisteskranken. Ein Betrag zur Psychologie et Psychopathologie der Gestaltung*. Berlin: Springer; 1922) señalando que sus conclusiones le parecen correctas pero que no es profundo el estudio que hace de las relaciones del 'arte moderno' y las obras de los enfermos mentales. Cuando compara el estilo del arte académico, realista o simbólico, con los trabajos de los enfermos mentales es tan positivo respecto a los primeros y tan peyorativo en relación con los segundos, que no hay valores comunes en esos dos tipos de producciones.

Ey, señalando que son raras las obras que confronten la estética surrealista y las producciones delirantes busca entrar en contacto con la realidad de la producción estética de los enfermos mentales. Siguiendo la clasificación de Prinzhorn busca reconstituir la atmósfera estética que emana de esos trabajos (dando detalles de cada ítem): 1) garabatos y modulaciones estereotipadas, 2) figuraciones descriptivas y narrativas, 3) imágenes fantásticas, 4) grandes composiciones simbólicas (composiciones que hacen cuerpo con el delirio (Ey agrega un escrito de una paciente que lo lleva a decir que: 'De ese modo se alcanza la cima del edificio poético de la alienación').

Valor psicopatológico de esas producciones. El estudio descriptivo de las producciones estéticas no analiza lo que las vincula con la locura, y en relación con este punto señala que: (a) algunas producciones son formas estéticas yuxtapuestas sin relación directa con los trastornos mentales (pacientes que con el hábito y a veces el talento, pintan en su convalecencia); (b) otras son formas artísticas modificadas por la enfermedad mental (por lo general, psicosis agudas donde lo que aparece más alterado es su inspiración más que las técnicas. Lo capital es que en esas formas se conserva la significación 'artificial' (es un cuadro, es un poema que como toda obra de arte se desprende de su autor). (c) Otras son formas estéticas de proyección mórbida que es lo que se ve en la patología mental crónica. En esos casos el paciente es consciente del simbolismo expresado, pero es inconsciente del mecanismo de proyección lo que hace que la obra no se desprende

de el. (d) Esa adherencia de la obra a la persona es más profunda aún en las formas estéticas inmanentes al delirio, donde la producción solo es un aspecto de la psicosis. El hombre se ha metamorfoseado en poesía, se ha vuelto 'objeto estético'. En esos casos Ey distingue la patología aguda donde la producción estética es automatismo (como en el sueño) y la patología mental crónica, donde la producción es reflexiva, reflejada en el delirio (el enfermo no pinta un cuadro, no escribe un poema porque, siendo todo fantástico por la metamorfosis que padece, no hay lugar para lo fantástico 'artificial'. Los trabajos de los alienados son raros porque la esencia de la locura es ser un foco estético, más que hacer una obra de arte.

(III) Surrealismo, arte y locura. El valor estético surrealista nos lleva al abismo de nuestro propio sueño. Cada uno siente o cree comprender lo que hay de bello en 'La Gioconda', en los frescos de la Sixtina, etc., pero no siente o se prohíbe sentir lo que hay de bello en un Dalí... Lo que es bello es lo irreal... el valor estético es esa función de pertenecer a lo irreal... cuando el cuadro que entra (más allá de la técnica) en el juego de la irrealidad ofrecido en un artificio original. No se goza de la forma o el color, sino del misterio de la forma o del color.

Ey dice que la esencia de la estética es la poesía que solo puede captarse como un misterio (refiere el libro de J. Paulhan 'La clef de la poésie') que depende enteramente de una proporción variable entre el sentido y el signo. Lo estético siempre brota de esa inadecuación, oscuridad, indeterminación. Lo que conmociona no son las formas, por perfectas que sean, sino lo irreal que surge de ellas.

Otro aspecto del sentimiento estético es que, por el 'vaso comunicante' del arte encontramos la intención del creador que exige del espectador un movimiento que recrea esa intención de irreal. Toda obra de arte implica una parte libre, disponible y contingente.

La significación última del mundo estético es comunicación de nuestra naturaleza íntima: las imágenes que animan nuestra vida, el núcleo lírico de la humanidad que contenemos. Y mientras que el arte 'clásico' parece jugar con el placer de la expresión realizada perfectamente, el arte surrealista descubre los términos opuestos de esa fórmula: lo irreal maravilloso, la expresión incabada de la unión estética.

Ey dice que no sorprende que la producción de los enfermos mentales contenga algo de común con el arte académico y con el arte surrealista: su carácter estético. Solo en ese sentido no hay una diferencia fundamental entre la estética que brota de una obra de arte y la estética que se desata en la locura.

**

El campo de la estética se refiere a la vez y necesariamente a lo que es y a lo que es hecho. Son estéticas las formas de la naturaleza (objetos estéticos) y también las formas creadas por el hombre (obras estéticas).

La dialéctica de lo bello está constituida por una serie moviente de formas de la vida psíquica entre dos extremos: los objetos estéticos y las obras estéticas. Ey dice que es en esta perspectiva que hay que definir : (1) 'objeto estético' que como forma de la naturaleza se define por la resonancia inmediata que aspectos del mundo sensible

provocan en nosotros, en la medida que proceden de lo maravilloso, de lo que es vivenciado como irreal. (2) La 'obra de arte' es la creación de un objeto estético, producto de un trabajo de expresión de acuerdo a un estilo (principio formal). El deseo del artista de 'realizar (de hacer real) las formas de su sensibilidad se inscribe en un marco artificial, es decir se separa del autor para objetivarse en una forma que la acerca a los otros. (3) El 'artista' aísla, separa su obra de sí mismo, rompiendo siempre el vínculo con ella; a veces tempranamente cuando trabaja su forma hasta 'terminarla' pero otras veces tardíamente cuando su obra aparece como un enigma.

Ey se plantea entonces las diferencias estructurales que separan las diversas producciones estéticas, preguntándose primero si el objeto de la psiquiatría envuelve la estética surrealista, lo que responde haciéndose tres preguntas:

(1) ¿Cuáles son los caracteres propios de la 'experiencia surrealista'? Detrás de la libertad anárquica, del ilogismo, de lo irracional hay una disciplina, un estilo (A. Bréton). Toda experiencia es desarrollada según una consigna, una dirección. Por eso Ey reitera que el surrealismo es una forma de arte, que las producciones surrealistas son obras y los surrealistas artistas. Aunque los surrealistas se levantaron contra esa idea, para justificar 'su valor' tienen que ingresar en un sistema de valores, de estilo, es decir de aquello por lo que se define una escuela. Son artistas aunque pretenden no serlo. Ey pone de ejemplo a Salvador Dalí en su prejuicio sistemático de fantasía y excentricidad. Escribiendo 'soy loco menos en un punto en que no soy loco', se presenta en una aparición de locura, en una libre-locura, lo que es decir en una ausencia de locura!

(2) ¿Cuál es el objeto propio de la psiquiatría? Su trabajo sobre el concepto de 'automatismo (cf. 3207) gravita sobre ese problema. Le parece evidente que la locura es idéntica al sueño y que el objeto de la psiquiatría son las variaciones de la vida mental definidas como una regresión forzada hacia el automatismo (leitmotiv de toda concepción posible de la psiquiatría). La locura es una afectación de la libertad, un pensamiento automático (no algo mecánico pero sí que escapa al control de las formas superiores de la integración psíquica).

(3) ¿Qué diferencias separan la producción estética surrealista de los trabajos psicopatológicos? Comparadas punto a punto son de idéntico valor estético. Las producciones de los enfermos mentales tienen un acento que no engaña: la psicosis deja allí su huella (por eso se fracasa cuando se intenta imitar la patología mental). Las producciones mórbidas son de temas pobres y estereotipados con algunas formas privilegiadas, imágenes que se reiteran. Se ve en las formas estéticas modificadas y en las de proyección pero sobre todo en las formas estéticas inmanentes al delirio. Pero Ey reitera que esto no es lo decisivo de la diferencia, ya que la diferencia radica en la forma en que la producción se desprende de la esfera intencional del artista o del enfermo. Es en las formas estéticas inmanentes al delirio en que el acto de hacer el trabajo es captado por el sistema de representaciones simbólicas del delirio.

Es decir, la producción estética patológica, la que emana directamente de la locura no es 'obra de arte', sino 'objeto de arte' natural.

En un objeto de arte lo estético se refracta en medio de lo irreal y del sueño. Es un arte inconsciente de sí mismo y para ser 'obra de arte' le falta ser puesta en formato (forma) artificial (cf 6222). El objeto estético que es el delirio integra su Gestalt.

Por el contrario una obra de arte incluso surrealista en la medida que expresa la intención de crear una forma estética artificial, donde lo imaginario 'realizado' persiste imaginario, se diferencia de la producción psicopatológica por su estructura. A esa diferencia estructural, Ey agrega la diferencia que tiene que ver con la personalidad del surrealista y del enfermo mental. El loco no puede separar lo que es 'ideal de sí' de lo que es 'paranoico', en cambio un esteta incluso fanático puede establecer un clivaje... porque no es un loco.

Ey resume y concreta su pensamiento en algunas frases: (1) la locura no produce obra de arte, no es creadora (libera lo estético inmanente); (2) la locura puede coexistir con formas de actividad estética o imprimirle caracteres estructurales particulares; (3) el loco no se vuelve artista por su locura, y un artista puede volverse loco sin dejar de ser un artista; (4) la creación artística aún libre es una obra de arte que posee una forma, un estilo; (5) la locura no es condición necesaria ni suficiente ni de la genialidad ni de la obra de arte... tampoco del surrealista; (6) el objeto de la psiquiatría no abarca la estética surrealista.

Ey concluye diciendo que el automatismo está implicado en toda acción humana que siempre es una forma de ensoñación. Siempre proyectamos en nuestras obras el mundo de las imágenes: pensamos y obramos con él, pero también contra él. El camino de la libertad depende de ese mundo, pero a ese camino se opone el refluir hacia el polo automático de nuestro ser. Refluir que se da como una caída: (a) cuando esa caída es libre engendra el arte y el artista hace lo maravilloso, b) pero cuando esa caída depende del peso físico de nuestro organismo entonces engendra el delirio.

No es automatismo libre y consentido sino automatismo en que el enfermo, captado en la fantástica existencia de las imágenes, es maravilloso.

** **